LAS NEURORUINAS

Ángel Martín

En el séptimo día
los obreros descansaron
de la borrachera de la noche anterior
Estaban construyendo el mundo, una rutina
pasajera como el más puro sentimiento
se decía que éramos hermanos
se decía que éramos humanos
mientras aniquilábamos con placer
la misma esperanza que nos dividía
lo mismo todas las noches
el tiempo perdido del día

LAS NEURORUINAS. Sin lugar a dudas debería haber un cartel bien grande y luminoso en su entrada que diga algo así como *“sólo para locos”*, o *“no para cualquiera”*. Aunque también podría decir *“prohibido el paso”* y de seguro, como ocurre siempre, uno se daría cuenta en el lugar que está justo un segundo después de que es demasiado tarde. Se abre entonces la puerta de la inseguridad, y cruzan por ella malestares, neurosis, paranoias, en fin, toda esa clase de angustia que sólo inciden en la psiquis y que son indefinibles en el plano físico.

Me había estado evadiendo del malestar, siendo oyente y hasta partícipe en conversaciones que no me brindaban ningún sentido.

La fe nace de la seguridad, alguien inseguro, incapaz de sentir la continuidad de su existencia sino meramente sobreviviendo, sería incapaz de experimentarla.

No obstante, si puede asimilarse esta lucha como el único proceso plausible y concreto, esta constante tormenta se vuelve realidad y acaba por contenernos.

Se presenta entonces una fe negra, no en sí negativa, sino adscripta al concepto de angustia como única percepción posible.

Una creencia en el dolor como medio de desarrollo.

Viajé y pasé la noche en casa de un amigo. Me hizo un espacio en una esquina del cuarto, como quien le da amparo a un perro bajo la lluvia.

Quedé dormido y comencé a murmurar un nombre. Parece que no puedo olvidarme de algo.

Soñé con sus vestidos, en el tiempo del sueño. Un segundo estaba a mi lado, al otro ya no estaba. Ahora me pregunto qué son en realidad las pesadillas.

Ya pasaron tres años, desde entonces suelo dormir con la luz encendida.

Una parte mía cree que ya no volverá.

Mi amigo me despertó a la mañana siguiente. No escuchó mi murmullo. A veces creo que no murmuré nada.

Fui al baño a mear. Tenía ganas de masturbarme, pero me aguanté. Si la baja autoestima tuviera más prejuicios, sería menos popular.

La baja autoestima debería ser nazi.

Mientras, la cama es fría y grande.

Ella ya no va a volver.

Y la cama. Es grande y cómoda. Sí.

Me extiendo plenamente a lo largo de su superficie.

Pero el colchón es frío.

Y entonces entiendo, así es como funciona.

PRIMERO: LA MUERTE DE LOS IDEALES

Ahora no está más. No queda nosotros. Yo volví a casa de mis padres. Gente sencilla y buena. Mi madre me dice lo que dicen todas las madres. Ya vendrá la chica adecuada. Si, puede ser, le digo que no me molesta, que no tengo apuro. Algo así no podría quitarme el sueño.

Cuatro de la mañana, en el cuarto donde crecí. Cuatro de la mañana, media botella de vino y unos papeles desordenados. Se me hace difícil dormir a veces. Entonces, escribo.

Ser así. Tan desordenado.

Fragmentos de ideas van y vienen, entre mis manos y mi cabeza.

Ella, todo lo contrario. Era tan pulcra y detallista. Soportó mi estilo de vida tanto como pudo. Es cierto, más de una vez vomité frente a ella; alguna vez también, creo recordar, debió llevarme al hospital. Creyó que me podía cambiar. Pobre…

Aún la amo. Creo que la amo.

Ella aún me ama. Creo que me ama.

Explicar el amor todavía me resulta confuso, incluso luego de haberlo experimentado.

Mito cree que eso me pasa porque realmente no lo experimenté. Pero yo hace tiempo dejé de tomar como precepto cada frase de Mito. Ahora sé que cada uno es como es, y no tiene sentido enojarse.

Ella así lo comprendió. Estuvo enojada apenas un día y medio, lo que duró la ruptura y la posterior mudanza a casa de sus padres.

Apenas me abrió la puerta, sonrió. Fue como si no hubiese pasado nada.

Se sentía muy a gusto en su ambiente esterilizado y antiséptico, producto de las continuas limpiezas de su obsesiva mamá. Yo, como siempre, desentonaba por completo, con mi campera con el parche de *Enderfina* y mi barba de tres días.

Sin que yo me lo espere, me abrazó y me besó, y me preguntó cómo andaba. Yo le dije que bien. Confundido.

Me preguntó cuándo la iría a buscar. Como siempre no tenía planeas para aquella noche. Pero a ella le pareció lo más conveniente el fin de semana. Me contó que había retomado las clases en la Facultad. Supongo que dije alguna idiotez como “muy bien”.

Entre viernes, sábados y domingos se encuentra el único día en que el colchón no me parece tan grande ni se percibe tan frío.

Ella parece contenta.

No hablamos de peleas. Si acaso se disgusta, a lo mejor se va.

Pero siempre me acaba llamando.

Una vez a la semana. Le basta.

No hablamos de planes futuros ni cosas por el estilo.

La pasamos bien. Eso es todo.

No somos novios, y por cierto que tampoco somos amigos. Lo sé porque hace unas semanas la crucé con alguien que no conozco y miró hacia otro lado.

Claro, a lo mejor, en la intimidad se le deslizan frases suaves a ella y a mí, de las otras.

Pero lo que se dice en el colchón, queda en el colchón. Como diría ella.

Después que nos separamos, la cama quedó para mí porque era el único mueble que había adquirido durante el período que convivimos.

Ella lo sugirió desde un principio.

A lo mejor no quería cargar con tantas cosas. A mi no me interesaba la cama en lo más mínimo, podría habérsela llevado de haberlo deseado.

En fin, quedó para mí, la puse en mi cuarto, en la casa de mis padres.

Ocupa tres cuartas partes de la habitación. Después, un viejo escritorio de PC que hace de mesa de luz. Ni siquiera conseguí un velador.

Así que, cada vez que entro, no hay mucho más para hacer además de tirarme sobre el colchón.

Y lo noto frío y grande, y todavía no me acostumbro.

Ella ya no va a volver. En realidad, me siento terrible. Pero no puedo cambiar. Corren tiempos raros, me digo que quedan muchas cosas por hacer.

Me visto y salgo a la calle.

Crezco un kilómetro. Veo mis uñas convertirse en roca. Mis piernas y brazos quedan confundidos. Desde ahora la Tierra se ve más pequeña. Las nubes adormecieron mi mente. Para siempre.

Si mal no recuerdo, al principio había un cartel de madera en una esquina. Las letras estaban desgastadas. Faltaban la C y la H. Pero cualquiera podría hacerse una idea de la calle que estoy mencionando.

Estaba esperando a Palomo. Siempre me pareció un tipo repugnante ese Palomo pero estaba obligado a tratar con él. Miraba el reloj en mi muñeca. Eran las cuatro y media. El tiempo no pasaba más.

Todavía algún efecto residual no me permitía ver si había sol en el cielo, por lo que no sabía si era de día o de noche. Mi inseguridad aumentaba. Mi miedo también.

Quería olvidarme de Ninfa, o al menos de lo que le había hecho. O al menos de lo que me dijeron que yo le había hecho.

Bajé la cabeza, pisé una hormiga. Ni me interesó el poder hacerlo. En la vereda de enfrente, Las Chicas hablaban a los gritos.

Susana, cuya mandíbula había sido desviada tras un accidente, dándole a sus labios el aspecto de una trompeta, hablaba a los gritos.

A su lado, Maricel, quien llevaba el cráneo hundido luego de una pelea con su primer novio, así como un parche sobre su ojo derecho, hablaba a los gritos.

Y también Olivia, en el otro extremo, quien sufría una extraña hidrocefalia, y que semanalmente debía concurrir al hospital a drenar su cabeza, lo que le provocaba afasia y ataxia, así como una pérdida

continua de sus funciones cognitivas; también ella, hablaba.

Al unísono. Las tres. A los gritos. Ninguna mencionó el nombre de Ninfa. Ninguna se fijó en mí.

La cabeza de Olivia, recientemente drenada y hundida en la parte posterior, me parecía repugnante. Su sonrisa in crescendo a medida que me acercaba a ella me provocaba náuseas.

Estreché su mano y disimuladamente deposité unos papeles en su palma. No los contó. No sabía contar.

Me arrastró hacia un pasillo lóbrego y se arrodilló ante mí. Mientras hacía lo suyo, mi mano se apoyó sobre su cráneo. Sentí su cabeza hundirse entre mi dedos como una bolsa solamente rellena de aire. Sus labios succionaban maquinalmente. Era poco más que un artefacto en condiciones deplorables que nunca nadie se atrevió a reparar.

Pobre Olivia.

Mi cuerpo se agitaba sin control, una llama me consumía vivo y se arrastraba por todo mi ser. Mis dedos aplastaban el cráneo desvencijado de la descerebrada y sus labios succionaban maquinalmente. Más y más rápido.

Me envolvió un mareo y unas arcadas me poseyeron. No me esforcé por apartarla, un vómito de semen se escurrió por mi boca y la cubrió íntegramente. Se detuvo un segundo, me sonrió y volvió a su tarea. Yo me sentía escuálido y enfermo. Mis entrañas volvieron a sacudirse. Y una nueva ola

de semen surgió de mi tubo digestivo. Olivia sonrió y no hizo ningún ademán de apartarse. Me parecía repugnante.

Pobre Olivia.

Me acuerdo perfectamente que lo pensé. Mejor así.

No tardó mucho más en arribar la desvencijada camioneta de Palomo.

Mi cabeza es un árbol bajo el sol en el patio de una casa donde se refugia la muerte.

Hace años que nadie me echa una gota de agua, muero continuamente. El sol abrasa mis hojas, me seca primero y después me quema. Es un dolor insoportable, como todo dolor.

A la luz de la luna es un tiempo que sirve apenas para intentar sanar mis heridas. Sacudirme y que las hojas caigan para dar un cobijo inconsciente a algunos laboriosos insectos.

Luego enseguida el sol.

Los mismos dolores, el mismo miramiento.

Algunas veces una lluvia rompe la rutina y mis energías se renuevan. Absorbo la vida gota a gota, mi respiración vuelve a su ritmo normal. Me siento bien. Pero enseguida viene el pensamiento, y me pregunto para qué estoy recuperando energías. Es cierto que antes no hacía mucho, pero la sofocación del día sólo era dolorosa algunos veranos. Siempre venía alguien o algo a apaciguar mi calor. Tal como ahora viene la lluvia, en otra época fue una comunidad de orugas con su propio bombeador de agua.

Pero no es lo mismo. La lluvia, el agua de los insectos, sólo es agua que cae… Y yo me acuerdo que antes, hace mucho tiempo, alguien venía. Alguien. Un ser. Idéntico a mí. Sentía como yo.

La lluvia sólo es lluvia, y si bien reconozco que es lo único que me mantiene con vida, su esencia de no ser y su silencio natural sólo me irritan.

¿De qué sirve ser el único árbol del jardín? ¿Con qué motivo me dan a ocupar un lugar tan ornamental?

¿De qué sirve… ahora?

La lluvia nunca tuvo ojos.

Ahora, mientras las nubes se disipan y la luz de la luna ilumina mi jardín, finalmente puedo ver la imagen que mis oídos presagiaban.

Los perros habían vuelto a meterse, devoraban un gato entre resoplidos bestiales.

Hago lo más justo. Desvío la mirada hacia el cielo sospechando la diversidad de la vida. En cualquier caso, los perros no podían saber que el gato había sido envenenado unas horas antes.

Pero no siento siquiera pena, sino que me alargo hasta los límites de la paciencia como una historia que armamos al caer el sol.

Gustavo había tomado un litro de lavandina pero no logró suicidarse. Le hicieron un lavaje de estómago, esa es otra de las anécdotas que ahora encuentra divertido repetir.

En su departamento intentaba dilucidar lo que había presenciado unas horas antes. Aquel a quien nunca volvería a ver.

Sentí un escalofrío.

Escuché a Gustavo decir que había conocido a alguien, Karina, Karen, o algo así. Dijo que venía de un mundo jodido, pesado, que una vez había secuestrado a un tipo.

–Ah, ¿sí?

Pero había pasado mucho tiempo atrás. De hecho, había ocurrido en Italia; ahora había hecho una nueva vida en el Oeste. Vendría a visitarlo.

Sonreí y me puse de pie. Le deseé suerte. De verdad que la necesitaría.

Por mi parte, yo ya tenía lo que necesitaba.

Afuera llovía pero el dato me brindaba la protección necesaria.

Karen me conoció en la calle. Me acuerdo salir de la escuela, doblar la esquina y cruzarme cara a cara con ella. Nos saludamos, le pregunté si no quería tomar algo conmigo, y le mostré la tableta de Ribotril que había cambiado por unos discos en el baño.

Ella dijo que sí, y caminamos dos cuadras y media hasta el drugstore. Pedí una cerveza. Me la dieron junto a un ticket por el envase. Eran casi la una de la tarde. Tenía diecisiete años.

Nos acomodamos bajo un árbol en la vereda de la escuela paso. Vació la tableta entre sus manos, diciendo que sólo tomaría una. Le dije que deberíamos compartir, que me diese la mitad. Así lo hizo. Y sin pensar en las consecuencias, tragué las cinco pequeñas píldoras con un largo trago.

La cerveza no tardó mucho tiempo en acabarse. Fuimos por otra, y luego una más. La última no la terminamos. Me acuerdo perfectamente que estaba por la mitad cuando todos los músculos me dejaron de responder. Sorpresivamente. La botella y yo caímos al suelo.

Karen reía, sentada, en el borde de la vereda. La calle estaba vacía. Sentía mi cuerpo pesado, pero aún así logré ponerme de pie.

La risa de Karen se detuvo en cuanto me giré hacia ella.

El envase se había roto entre mis manos, y tenía un extenso corte a lo largo del antebrazo.

Karen se acercó enseguida, abrió su desvencijada mochila y extrajo algo de algodón y una botella de plástico con todas sus letras borroneadas. Me dijo que era agua oxigenada.

Me limpió la herida. Por primera vez me sentía ayudado por alguien.

Ahora pasaba ocho horas frente a un interruptor. Miraba tras un vidrio cajas marrones circular por una cinta. Cuando quedaban en el centro todo lo que hacía era oprimir el interruptor.

Eso era todo, salvo los viajes al baño.

Cuando comencé eran dos. Últimamente se habían extendido a siete. Siete viajes al baño en ocho horas. Era una vía peligrosa.

Me hidrataba constantemente frente al interruptor. Miraba fijamente cómo se centraban las cajas… y oprimía el interruptor.

Algo tan repetitivo obviamente debe sonar desagradable.

No había nada más en mi mente, salvo quizás algún pensamiento callejero. Entonces alguien entró a mi cubículo.

Mi supervisor. Natalio. Tenía una corbata con flores. Más precisamente, violetas. Las señaló y dio un giro de ciento ochenta grados hasta darme la espalda.

De repente noté que había descuidado mi interruptor, y vi cómo las cajas se iban amontonando. Una mancha comenzó a crecer en una de ellas. Cómo un líquido.

Jamás supe qué había en aquellas cajas.

- ¿Qué pasa? ¿No me entendés?

Natalio recupera mi atención. Me pongo de pie y voy tras él. Avanzamos por el largo pasillo imitando el paso de los cangrejos. Es la norma de la empresa.

Nos desviamos antes de llegar al ascensor y entramos sin golpear en una oficina. Hay tres hombres sentados tras un escritorio. Es la primera vez que los veo. Supongo, deben ser los jefes o los dueños del lugar.

Natalio chasquea sus dedos, hace una reverencia y se retira.

Uno de ellos me pide que tome asiento.

Debe haber sido mi quinto o sexto viaje al baño cuando noté las manchas rojas que se escondían bajo mis uñas. No podía explicarlas. No recordaba mucho de la noche anterior. Sin dudas, era por culpa de Palomo. El toque siguiente me lo di en su honor.

Miraba mis uñas frente al espejo y decidí envolver las yemas con papel higiénico.

Cada tanto mi cerebro hacía un cortocircuito, mi visión se nublaba, pero eso no me impedía continuar oprimiendo el interruptor.

-Y, dígame, ¿cómo marcha su relación con Dios?

- Dios está muerto y olvidado.

Los viejos no comprendían. Me mordí el labio, incómodo por mi propia respuesta. Se miraron entre ellos.

- Así y todo, tiene el mejor desempeño en su área. – Los viejos se comentaron entre sí. En voz alta. Como si no existiera.

Miré mis uñas manchadas por no tener dónde mirar y noté una leve voluta de humo surgiendo de entre mis dedos. Metí mis manos en los bolsillos.

Uno de los viejos apretó un interruptor sobre su escritorio.

- Natalio, tráiganos el encargue.

- Enseguida. – Del otro lado, la voz pusilánime.

De mis bolsillos se escapaba una débil humareda. La habitación era penumbrosa, pero un rayo de luz directo a mí alrededor acabaría por delatarme.

La puerta de la oficina se abrió y entró Natalio seguido de una figura femenina que reconocía perfectamente. Ninfa me sonrió, pero fue una sonrisa de mera cortesía. Se acercó al amplio escritorio de los viejos y dejó su cuerpo horizontal sobre la superficie.

Las babas de los viejos no tardaron en surgir. Se deslizaban profusamente de las comisuras de sus

labios, como una herida inmunda provocada por el deseo.

Escuché una vez más la puerta, pero no vi a Natalio abandonar la habitación. Mis ojos estaban concentrados en el suelo de la oficina, la cual poco a poco se fue cubriendo por una espesa laguna de saliva.

Ninfa acariciaba su cuerpo sobre el escritorio y gemía suavemente como la excelente actriz que era.

Aunque quizás no estuviese actuando.

La laguna continuó creciendo, humedeció mis zapatos y un segundo después me cubrió hasta las rodillas. Lo que más deseaba era irme, encerrarme en el baño, volver a mi interruptor.

Pero ninguno de los viejos me lo ordenaba.

Continuaban inmóviles y con los ojos bien abiertos sobre el cuerpo de Ninfa, segregando sus ansiedades y cubriendo toda la habitación.

La baba me llegaba hasta el cuello, y de los viejos en sus asientos sólo podían contemplarse los ojos, que no tardaron en ocultarse. No los vi cerrarse en ningún momento.

Ninfa comenzó a nadar en el líquido desagradable. Boca arriba, dejaba su cuerpo flotar por toda la habitación. No tenía rumbo, pero eso poco importaba. Los muros de la oficina marcaban los límites.

En mi mente se repetía una línea de Huxley. El impulso cortado provoca derrames.

Y antes de que pudiera despertar de mi conmoción me vi obligado a mantenerme a flote. A pesar de todo, no deseaba morir ahogado.

No dejo de asombrarme, el agua turbia me refleja. No soy ningún cisne, desde luego. Ya no.

No deja de asombrarse, el agua turbia lo refleja. No es ningún cisne, desde luego. Ya no.

El Tímido Masturbador se encamina por el bosquecillo, bordeando el arroyo. Busca la calma que le brinda la soledad para su ceremonia onanista. Confiado de haber encontrado su lugar en el jardín salvaje, se desprende de sus ropas. Cree encontrarse solo, hasta que oye un jadeo. Camina en dirección al sonido y observa. El Dendrófilo, concentrado en su tarea, desliza con frenesí por las cortezas, hacia arriba y hacia abajo, su verga erecta.

El Tímido Masturbador lo sigue con su mirada y comienza a excitarse. Cegado por su voyeurismo no escucha a la planta carnívora que se desliza en su espalda. La planta carnívora había sido desterrada del jardín botánico tras devorar parejitas adolescentes que cogían a la sombra, desprevenidos.

El Tímido Masturbador, a punto de eyacular, ve interrumpido su clímax por un dolor intenso en su pierna. Mira hacia abajo y ve al horrendo monstruo verde con sus colmillos clavados en su pantorrilla. Intenta arrancarla, pero las fauces de la planta aprietan con más fuerzas. Oye el tronido de su fémur y se revuelca en el suelo. Antes de desmayarse descubre que toda su pierna ha sido separada y es

engullida rápidamente por la criatura entre ríos de sangre.

El Dendrófilo se acerca al cadáver del Tímido Masturbador y besa sus mejillas petrificadas. La planta carnívora continúa el desmembramiento y finalmente engulle todo el cuerpo vorazmente. Ahora que ya ha saciado su apetito, el Dendrófilo le sonríe. Deja que la planta succione su pene con total libertad. No es una escena porno, sino el más bello encuentro entre dos seres que aún creen en el amor.

Toda comunicación, inclusive la oral y aquella que conecta los diferentes procesos de la existencia, es incompleta.

La información se va perdiendo, gradualmente se censura.

Y el resultado obtenido dista de ser el verdadero, sino una deformación perpetua de percepciones, subjetividades.

Mito tiene una leve sospecha de lo que va a pasar, pero prefiere no pensar.

Abro una bolsa de maní y los dejo sobre la mesa. Mito prueba tímidamente algunos.

Finjo indiferencia y enseguida su mano ávida reaparece una y otra vez sobre la mesa. Está bien.

El maní se acaba y lo bajamos con un trago. Enciendo un cigarrillo y, sin saber bien por qué, le invito uno. Y le acerco fuego.

Las únicas palabras de Mito.

-Gracias.

Nada memorable.

Enseguida se oye el ruido de un motor. Un automóvil se detiene. Veo acercarse la enorme figura al ras de la noche.

El Bestia.

Mito se pone de pie y lo sigue. Se suben al auto.

Fue la última vez que vi a Mito.

A las siete de la tarde el bar estaba desierto. Martín intentaba distraerse frotando un paño con alcohol sobre las copas, pero no tardó en aburrirse.

Sus ojos se fijaron en la vereda. Los vidrios casi limpios notaron la atención que se desprendió de aquella mirada.

Acababa de cruzar Ninfa, sin sospechar siquiera de su existencia. Martín dejó las copas a un lado y esquivando la mirada del encargado, absorta en un juguete electrónico de moda, se precipitó a la calle.

Miró alrededor y fingiendo sorpresa saludó a Ninfa. Ella se acercó. Le besó en la mejilla.

Hablamos de algo que no recuerdo.

Al final, le da su número de teléfono a Martín y le dice que le gustaría salir una de estas noches.

Se despiden.

Por fortuna Martín no tiene una noche libre sino hasta dentro de dos días, por lo que, cuando finalmente llame a Ninfa, no pasará como un desesperado inexperto.

Aunque de hecho lo es y apenas entiende de lo que le estoy hablando.

Pasaron unos cuantos días hasta que mis dedos volvieron a sentirse cómodos. Hacia delante no parecía haber ninguna sorpresa. Me quedaba toda la

noche despierto escuchando a Salvatore Accardo interpretando a Paganini. Ya se sabe, el tipo de cosas que uno no logra comentar con nadie.

Me dormía al amanecer. Quince minutos. La alarma me daba latigazos en los oídos. Me cambiaba. Sentía mi propio ser desvanecerse.

Cuando pisaba la calle, era otro tipo más.

Una cosa es cierta: cada vez que alguien viene a pedirnos algo en realidad no tiene idea lo que busca.

Sólo un ignorante podría haberlo pensado: pedid y se os dará.

A la hora de pedir sólo se necesita un requisito, que el solicitante esté dispuesto a decepcionarse.

No siempre puedes tener lo que quieres, pero a veces si lo intentas puedes conseguir lo que necesitas. Hasta el más tonto de nosotros puede decir algo sorprendente. Y nunca falta alguien más tonto que lo halle conmovedor.

Hay gente que desconoce el lugar donde vive. Por cierto, no conocen mucho más.

En pos de un ser que justifique el insomnio.

Decepción. Decepción y un ligero mareo. Mañana será resaca.

Masturbarse nunca fue un pecado. Pensar por uno mismo, bueno, eso ya es otro tema.

Lo malo no son los prejuicios, sino ignorar por qué cometemos nuestros mejores errores.

Las viejas son como cadáveres de mujer que nadie se atreve a enterrar.

¿Cuál es la profundidad de la belleza? ¡Es superficial!

-Aparentemente alteró sus propios conceptos.

Le gritó Susano a los viejos detrás del escritorio. Uno de ellos tomó nota. El del medio se puso de pie y repitió:

-Remítase a los hechos, señora.

-Señorita. –Remarcó Susana. Claro que a nadie le importaba.

El viejo me miró y sentenció:

-Esto es por su propio bien, ¿lo sabe, no?

Pensé en las violetas en la corbata de Natalio, en Ninfa, en la esquina donde me paraba todos los días de la semana, en las yemas de mis dedos manchadas. Y metiendo las manos en mis bolsillos moví afirmativamente la cabeza.

Claro que lo sabía.

Pero algunas veces podemos elegir el mal.

Cuando sentí morir las ilusiones, no asistí a ningún funeral. Estaba sentado en la barra de Punto Nulo escuchando la charla entre dos adolescentes haciendo planes para su futuro. Me hubiese gustado formar parte de la conversación, pero yo no tenía nada para decir así que seguí en silencio con mi cerveza. Parece que no creían en el cliché, pero yo tampoco creía en la autocompasión y a pesar de eso yo no podía esquivar mi tristeza ni ellos podían acabar hablando mal de personas que no conocía.

Eso era todo, asistir al crepúsculo de uno mismo mientras el alba quema los ojos.

Tengo un trabajo de ocho horas que siempre desprecié. Oprimir un interruptor quizás no es la tarea más gratificante del mundo, pero al menos me

da tiempo para pensar. Me dijeron que pensar tanto no hace bien, pero tampoco lo hacen las drogas y hace un tiempo que no me interesa consumirlas (absoluta mentira). Digo, creo que si existe la adicción en mí ha dado un giro particular.

Armo oraciones como antes armaba porros. Las voy alineando como antes alineaba rayas de merca.

Soy consciente de esto: trabajar es lo peor que puede pasarle a uno en el mundo, pero es lo único que se puede acabar haciendo. Claro, es preferible desempeñarse en la actividad que más nos gratifique intelectualmente, no obstante estamos obligados a desenvolvernos en el mundo de acuerdo a las posibilidades que éste nos ofrezca, las cuales pese a todo optimismo, son limitadas.

Somos seres limitados, anhelamos el infinito. Nuestras posibilidades son limitadas, quisiéramos lo contrario.

Es como jugar a la ruleta, siendo las fichas.

Definitivamente: lo mejor de trabajar es no trabajar.

No creer ya en el mundo, no tener más fe es justamente lo contrario a una segregación de endorfinas.

La cosas es así, uno siempre termina odiando lo que mejor conoce. Conozco a los viejos egoístas y misántropos que buscan la comodidad, ellos son los héroes que determinan al mundo cotidiano.

Conozco a las adolescentes inseguras y a sus noviecitos de papel. Los hacen como toallitas húmedas. Creo que ahora hasta vienen con alas.

Conozco el sabor de la ironía, nunca pude probar los dulces.

Prefiero a los borrachos que uno nunca llega a conocerlos del todo. El alcohol puede obligar al silencio o a hablar y en este caso lo importante no es lo que se dice sino cómo se difumina el vacío a nuestro alrededor.

La verdad, ¿qué importa la verdad?

Las bases de nuestra fe en ruinas fueron gestadas en pos de la verdad. Hoy sólo son eso, ruinas. Por unas monedas más los lugareños graban tu nombre en los suvenires.

No tener más que la amargura para darse los lujos de las migrañas.

De cualquier forma, huir del dolor es imposible. Los únicos privilegiados son los fetos que no acaban de desarrollarse en el útero.

La generosidad de las vasectomías y los anticonceptivos.

Ninfa sí que tenía problemas. Después de la primera noche que pasamos juntos me di cuenta. Me preguntó si se podía quedar unos días y después que le dije que sí, me contó que toda su vida estaba en la mochila que había dejado al lado de la puerta. Lanzó una risa amarga y me pidió un cigarrillo.

-Es lo mismo, una y otra vez.

Sus palabras estaban cargadas de amargura. Acaricié su rostro y la besé con ternura. Aparentaba ser de esas chicas necesitadas de cariño físico.

Claro que yo, por ese entonces, era un idiota.

–Siento que puedo contarte cualquier cosa. Lo que el ojo no ve, ¿cómo podrían recrearlo las manos?

Después un zumbido.

De pie.

Clic.

Del otro lado de la línea.

–Man, ¿hacemos una esta noche? ¿Jalamos pegamento y miramos Gran Hermano?

La televisión me quema la cabeza.

Hay un informe sobre el tránsito más seguro del mundo, por allá lejos, en Suecia, donde la gente sí es feliz.

La televisión es el mal mejor llevado por la sociedad.

Escucho música, pero la televisión siempre está encendida. Supongo que es más barato que alquilar una puta, pero con muchas más exigencias. El horario de protección al menor no me permite tener sexo a las 3 de la tarde. Y no tengo dinero para el milagro de la televisión satelital.

Todas las drogas no pueden evadirte. Sólo la televisión dice lo que es la realidad.

Arrastrados por el cansancio de los estereotipos, la caja boba estalla en una mancha roja de fuego y odio y repulsión. Sus ondas se expanden como un veneno como el gas mostaza esparciéndose por el campo enemigo. Pero este gas no nos matará. Le basta con hacernos daño.

Por eso nos quedamos en silencio, mirando la lluvia caer. Escribimos pero no nos leemos, leemos pero no hablamos de ello. La droga nos brindará el

lenguaje necesario ningún lenguaje ningún lenguaje. ¿Te acordás de Burroughs diciendo que el lenguaje es un virus? Tanta razón no puede tener un profeta, pero sólo es mi punto de vista.

Una de las teorías más aceptadas dice que el universo tal cual lo observamos no es más que un estereograma.

Proponen interesantes tareas oculares para poder descifrar lo que está oculto.

Suponen que detrás de edificios o campos, se esconde un lugar más que sólo puede apreciarse a través de cierta perspectiva a la hora de observar.

Cada segundo que pasa siento desintegrarme poco a poco. No sé cómo evitarlo. Me espanta. La carne resbala entre los huesos, los nervios gritan al quedar desnudos y salen corriendo sin destino. La estructura ósea se vuelve polvo.

Es mi imaginación. Aunque dicho de otro modo no podría explicarlo.

Es una mujer que no conozco, me da un beso en la mejilla y cruza la calle. Estuvo hablando largo rato. Ojalá me hubiese importado.

El amor que sienten las criaturas de mi especie es una infección viral en la corteza cerebral. Demasiado desagradable para ser enseñado pero algunos viviseccionadores no tienen hogar al que ir cuando terminaron sus turnos.

¿Demasiadas vueltas? Creo que es demasiado específico.

Supongo que la droga puede tener

algo

que ver con que no me interesen la mayoría de las cosas cotidianas.

Me he vuelto primitivo.

Al final, ustedes ganaron. Tenían razón. Yo estaba equivocado. Proveyeron de mutabilidad al virus y así, como un milagro oscuro, la Enfermedad se esparció y aniquiló todo.

Está bien. Al final, ustedes tenían la razón. Ganaron. Y la victoria es algo indiscutible.

Me acuerdo que al principio estábamos todos del mismo lado, avanzábamos tomados de la mano, como una inmensa guirnalda de muñecos de papel. Demasiado frágiles. No fue tan grave lo que separó nuestras extremidades, pero yo y muchos otros, no pudimos volver.

Algún consuelo hubo, de esos en los que se concebía un plan que nunca se llevaba a cabo.

El virus continuó mutando estando yo lejos y separado, por eso adquirí cierta inmunidad. Pero esta inmunidad al virus no tardó en generar recelos y como en una fantasía apocalíptica, los zombis sólo piensan en devorar.

No estaba armado, por supuesto. Y no pude defenderme.

Me refugié en un cuarto pequeño y mugriento para ver, tras la ventana, cómo la Enfermedad crecía y se llevaba a mi familia.

La raza se extinguió a principios de la primavera. Anduve solo, sin buscar a nadie. Las otras criaturas no me comprendían y me enseñaron que la soledad es no tener a quien comunicarle las ideas de uno.

La luz de la luna era lo único que reflejaba el campo tras el arroyo, una vez que El Bestia hubo apagado los faros de su Ford F100.

Dentro del vehículo, El Bestia clava sus ojos en Mito. Abre sus mandíbulas como una fiera.

Enseguida abre la guantera y extrae un barbijo. Se lo coloca suavemente a un Mito ausente, estupefacto y petrificado de terror. Sabe lo que va a pasar, y no puede hacer nada.

–Penrose... –Susurra.

–La última línea. – Dice El Bestia para distraer a su presa. –Hoy no tuve mi parte.

Con indiferencia clava una jeringa vacía en la yugular de Mito. Tan sólo le inyecta aire.

Unas gotitas de sangre brotan del pinchazo.

Mito se retuerce.

Un poco de aire basta.

Contempla al sol tanto tiempo que de repente el paisaje se oscurece.

-Esta es nuestra ceguera, y se llama noche.

Algunas veces, Martín trataba con El Bestia.

La noche es injusta, a veces las garrapatas son la única compañía en la cama. Pero si necesitabas eliminar la soledad, ahí estaba El Bestia.

-¿Y por qué te anda pasando eso, amigo? –Le pregunto en su dialecto.

-Estoy mal… Muy mal.

Más aburrido que preocupado, le pregunto:

-¿Qué te pasa?

-Nada… nada…

-¡Tomemos el vino negro de la desesperación pasajera! –Grité.

Y un perro ladró.

Y los ojos del ebrio quedaron clavados en mí. Le dije que yo era un esquizofrénico

en recuperación

y lo entendió perfecto. Sorbió un trago del vino.

-Así que sos medio loquito vos –. Sentenció.

-Soy un medio que busca su fin en el mundo. –Le dije.

Sorbió otro trago. Carraspeó.

-Medio marica el vino, ¿no?

Sonreí. Era un espumante.

-Me lo regalaron. –Era la verdad. Como tantas otras veces andaba sin plata.

En las manchas repetidas soy el cometa que impactará el planeta. Mi carne se fundirá en el cráter y mi señal será una forma humeante. Ningún ruido de la humanidad, ninguna extensión del universo. ¡Cómo tiemblan mis noches cuando oigo el rugir del silencio!

Han pasado doce años desde mi llegada al búnker. Todo lo que recuerdo del exterior es el bramido de sus bombas, el repiquetear de sus repetidoras. Un caótico flash del Infierno. Cuerpos marchitos suplicando piedad, seres mutilados por su propia voluntad inconsciente, complejos sistemas biológicos arrastrados al llanto por una deformación del núcleo celular.

Aquí dentro todo eso parece lejano e innecesario.

Pero dentro mío se sacude como un parásito cerebral la insaciable curiosidad humana. Realmente creen en la felicidad mientras no se les asome la muerte, aunque ese momento dure poco.

Quisiera dejar esta seguridad y erosionar mis poros en el aire tóxico de la Enfermedad. Quisiera inflar mis pulmones hasta escupir sangre y alvéolos. Quizás no sea tan tarde.

Tengo la única llave.

Los que ya hayan saboreado con profundidad la experiencia de ser dios, mañana estarán alardeando al pie de las montañas. Las extrañas visiones pueblan las cavernas para que la bestia que se desvela tenga algo con qué entretenerse. Señal de alarma, si atraviesan la luz.

Incapacidad de unir los puentes. La fuerza abandonó. Cruzamos a nado el río putrefacto. Restos de cadáveres penetraban nuestros cuerpos. Al final cruzamos, pero el hedor permaneció impregnando nuestras pieles por semanas. Mirar atrás era imposible. No podía mirar. Mis ojos fueron arrancados por un cuervo. Fue al abandonar la playa. El hedor a carne podrida se estancó a nuestras pieles por días. Fuimos presa fácil.

Así que anduvimos juntos algún tiempo, pero no sé en qué momento el grupo se alejó. Bueno, en realidad, supongo que me perdí.

En las sombras, ante tanta maleza, era inevitable.

Una noche, en los últimos meses de frío, leyendo la mano perdida del manco de Lepanto, recordé los jardines donde había crecido. Los senderos no se

bifurcaban y hablaba el lenguaje del sol. Recordé unas palabras, y las pronuncié, y el sol me dio la espalda por siempre, y mi naturaleza le aulló a la luna.

Recuerdo bien el día en que nací. Víspera de Navidad. Agosto, doce, mil novecientos noventa y ocho. Tenía catorce años. Era costumbre, en la tribu, adentrarse desnudo en el campo y tener una visión. Sólo después de experimentar la visión se nos trataba como iguales, antes de eso uno era como una criatura que no participaba en ningún espacio de nuestra comunidad. Esta costumbre, y muchas otras más, podrían considerarse bárbaras, salvajes, pero dado el riesgoso ambiente en que vivíamos era menester el surgimiento de una cultura igualmente peligrosa.

Ya desde la aparición biológica estas costumbres nos rodeaban. Las madres primerizas, en el momento del parto, eran arrojadas a los rápidos. Si regresaba con su primogénito, la fiesta era inminente; mas si volvía sola, la tribu se sumía en silencio y la joven madre guardaba luto durante tres lunas. Luego sobrevendría otra oportunidad. Otra oportunidad que, de haber perecido en la corriente, no tendría. Y por eso mismo se continuaba.

Y Azazel, querido nuestro, lo pensamos cada mediodía.

No nos apresuremos, la prisa empantana la situación, como una rueda en el barro, empotrada, y el boludo quedó arriba, acelerando, acelerando.

Recuerdo bien aquel día en que nací. Mi madre muerta, su cabeza aplastada, me recordaban que no había dios alguno. Ni padre, ni hermanos. Todos los hombres de la tribu eran mi padre, todos los niños que me rodeaban, mis hermanos. No había otra posibilidad. Así había quedado establecido. Los odié a todos.

Recuerdo bien aquella víspera de Navidad. Agosto, doce, mil novecientos noventa y ocho. Tenía catorce años. Mi madre muerta, su cabeza aplastada. Me presenté ante los Lejes, los ancianos de la tribu, listo para hacerme hombre.

Mordisqueando su peyote, completamente desnudos, me referían la historia que culminaría con mi niñez. La historia de Azazel. Una vez oída, lo sabía, nada volvería a ser igual. Mi inocencia habría de morir, dejaría lo que fui alguna vez. Muerta la madre, y sin padres ni hermanos, rodeado de enemigos, mi única opción sería nacer.

Cantos guturales proferidos por los Lejes, marcaban el inicio del final, el principio del relato.

Odio a mi padre. Realmente lo odio. No con un motivo particular, digamos que, más bien, todo se debe a una condición genética. Herencia de familia. Tal como su padre había matado a su abuelo, él hizo su parte matando al mío. La noche que cumplió su cometido fue la noche que me engendró. Sometió a mi madre a las vejaciones de sus bajos instintos como celebración, haciéndola gritar de dolor y placer durante tres días con sus consabidas noches. Fui producto de esta aberración, surgí como fuerza

espermatozoide, pleno de indignación y reclamando vengar la afrenta. Furioso, mi cuerpo vacuo recorrió los canales necesarios desde sus testículos hasta su uretra. El camino era un trajín de otras posibilidades como yo, me abrí paso a empujones y violencia. El avance comenzó a ser más ligero de repente, y enseguida no tuve que empujar más, algo inmenso me arrastraba, el portal hacia el otro mundo. Caí pegado a otros, en una recámara cavernosa, carnosa. Un círculo luminoso se veía no muy lejos, fui el único con suficiente fuerza para arrastrarse, sentí que no lo lograría, desfalleciendo a cada segundo, viendo al resto de mis congéneres sacudirse en las cercanías, desorientados. Me esforcé un poco más y enseguida alcancé aquel globo luminoso que sin dudas me salvaría. Avancé, reforzado por mi furia, sabiendo ya mi destino, presintiéndolo en aquel esfuerzo extremo, aquella dolorosa procesión que me costó todas mis fuerzas.

Me desarrollé con normalidad, pero siempre estuve cansado, carente de energías. Y por eso tampoco logré conseguir un trabajo.

Habitar las neuroruinas es complicado, además. Todavía se mira raro a los tipos tatuados o a los jipis artesanos que vienen en temporada a robarse chicos. Se hace difícil entonces ir a la playa para las familias, y es por eso que mayormente se ven parejitas. Conozco a muchos, suelen ser siempre los mismos, con alguna variación dada la inclusión de algún turista.

Una vez, conocí a un tipo que tocaba la mandolina. Paraba en un camping. Tomamos unos tragos y le pedí que me enseñase su arte. Le conté la fascinación que me provocaba su instrumento. Sin decir más, el músico se puso en pie delante de mí y bajó su bragueta lentamente, con su mano masculina y llena de oscuros pelambres. ¿Qué estaba haciendo? No sé. Se bajó los calzoncillos y empezó a masajearse la pija. Lo miré, curioso, sorprendido y borracho. Apuré mi vaso y salí de la carpa. Noches así, hubo un montón. Donde la ponía, casi ninguna. Instrumentos que aprendí a tocar, mi propia verga.

Los jipis tampoco son buena onda. Estaba el loco de la bondiola, por ejemplo. Un pelado con corte hare-krishna que decía vender artesanías que nunca nadie había visto. Terminó en medio de la Centenario, en un lugar donde vendían quesos de campo… y bondiolas. El loco de mierda este las olía frente a todos, entre la multitud, de un modo desagradable. Obviamente, los dueños lo echaron. No sin resistencias consiguieron empujarlo a la calle. Haciendo escándalo, a los gritos, el loco se alejó arengando insultos. En la esquina del Banco Nación, tropezó y se abrió la cabeza. Le brotó un espeso manantial amarillo, y, aunque no pudo volver a ponerse en pie, seguía insultando de manera incoherente. Finalmente, llegó la policía, y en un segundo lo cargaron en su vehículo. Pusieron la sirena y lo llevaron a la jefatura, sin mucha historia. El ruido de los turistas y los comercios tapó a la

perfección los disparos del fusilamiento. Obviamente, nadie necesitaba ese tipo de escoria.

Todos, en realidad, nos sentimos bastantes conformes con el desempeño de la policía local. Inclusive yo, que vivo hablando mal de ellos. Son muy convincentes. Tienen lo que se llama “método”. Una itaca en la cabeza, unas trompadas mientras se está esposado, una ducha improvisada de agua fría a alta presión en el calabozo de madrugada, convencen a casi cualquiera. Sí, casi a cualquiera. Algunos se la bancaron, algunos que estaban conmigo. Pero más de una vez canté y me fueron desplazando. Sólo se me premió con palizas posteriores, bien merecidas, y humillaciones públicas, también merecidas, para qué mentir. Es complicado tener malas costumbres en la tribu, enseguida uno es expuesto al juicio del resto.

Quizás el gusto por la soledad me viene desde tiempos ancestrales, lo que sí recuerdo es cómo se intensificó en la pubertad. De sentirme extraño, ajeno a los intereses de los demás, aislamiento escolar, no hallar puntos de inflexión para generar relación alguna, refugio en libros y bibliotecas, que los niños detestan por aburridos.

La biblioteca municipal era un edificio inmenso, de limpios cristales, que la primera vez que vi creí que alcanzaba los cielos. Filas y filas de volúmenes de todos los tamaños, encontré el placer al sumergirme en aquel mundo, internándome solo, en grietas profundas y sin fondo.

La locura del quijote no tardó en hacer su parte en mí, entregándome a ilusorias realidades y molinos de viento que simulaban naves madre o, en el peor de los casos, extraterrestres en pos de la Tierra. Claro que, en mi caso, yo no era sino un simple espectador, observando arder el mundo y a la espera de un héroe que no lograría escapar de la prisión de papel. La frustración dio paso a la desesperanza, y todos los actos heroicos no me parecieron sino malas noticias. El acto verdaderamente agradable era la irrupción del mal en sí mismo, la tragedia era la actriz principal de todas las tragedias.

Me escapé a la casa de Izquierda-Derecha.

Izquierda-Derecha era una especie de amuleto personal al cual recurrir cuando la suerte se terminaba. Lo conocía de la secundaria. Me sorprendí mucho cuando mi ansiedad encontró su nombre por primera vez en las páginas amarillas. Ofrecía delivery pero preferí llamarlo y arreglar una cita.

Se acordó de mí y me invitó a su hogar despreocupadamente. Podía pasar cuando yo lo creyese oportuno, no había problemas. Claro que dentro de los horarios comerciales.

Cierta alegría se apoderó de mí, una especie de nostalgia. En ese momento noté cuanto había envejecido.

Izquierda-Derecha me sirvió un vaso de vino y se lamentó por la ausencia de copas. Luego largó una carcajada breve y nos sumergimos en el silencio.

El silencio hablaba de nosotros, de una grieta insondable que nos comunicaba.

Golpearon a la puerta con un compás estudiado.

Adelante.

Una corbata con flores violetas entró en la habitación.

Miré un segundo a Izquierda-Derecha, sus ojos vidriosos y tranquilos musitaron que no había de qué preocuparse.

Natalio estrechó mi mano y su sonrisa no era la de la oficina. Estaba hambriento.

Izquierda-Derecha hizo un gesto con sus manos. Natalio se echó al suelo en cuatro patas, dejó salir su lengua imitando a un perro.

Izquierda-Derecha se acercó a él, acarició su cabeza y se inclinó frente a él. Dibujó una línea a lo largo del suelo.

- Despacio. –Ordenó con los labios apretados.

Natalio comenzó a esnifar la línea con voracidad, pero Izquierda-Derecha lo detuvo al instante con una certera patada en la sien. Natalio aulló como un animal y se alejó unos pasos.

- Despacio. –Repitió Izquierda-Derecha.

Natalio se acercó tímidamente y comenzó a inhalar lentamente.

-Buen perro. –Dijo Izquierda-Derecha mostrando su dentadura descalcificada con una sonrisa. –Buen perro.

El cigarrillo se consume entre sus dedos, y las partículas humeantes contornean una silueta que se le ocurre femenina. Sin saber en qué pensar. Se echa

hacia atrás en su silla y contempla las paredes vacías del cuarto. ¿Piensa en una mujer? Apenas contornea una silueta mentalmente, pero su sinapsis no es de hacer retratos fieles.

La ceniza cae al suelo, ensucia la tapa de un libro con los cuentos completos de Onetti que robó en la biblioteca, y como en un pestañeo, el sol trepa la ventana.

A lo mejor en algún momento cerró los ojos y quedó dormido. No lo recuerda. Debió ser así.

Se pone de pie, directo al baño, una ducha para ordenar el día y las ideas.

Se mira frente al espejo, sus ojos vidriosos no dejan de reflejarlo.

Una mancha carmesí le cae de la fosa nasal derecha.

Y sus ojos vidriosos no dejan de reflejarlo.

Ninfa pasó prácticamente toda la noche sentada en la barra, hablando con Martín.

Los pocos clientes que entraban les echaban una mirada curiosa y ocupaban alguna mesa.

Estábamos en otro mundo.

El asunto de los agujeros me parece terrible.

Me da terror la clase de cosas que se pierden a través de ellos.

Recuerdo bien la tarde.

Todos en el bunker del Cefe.

La trastienda de una ventana que daba a la calle
bajo el lema Kiosco.

En la vereda se escuchaban las voces rígidas de Cofler y Cubanito. Estaban nerviosos.

Eran amigos del Cefe, pero por algún motivo, él había puesto la traba y los había dejado ahí.

Así que ellos golpearon la puerta.

Después la patearon con más fuerza, con desesperación.

Una ráfaga de balas atravesó la puerta.

El instinto me condujo al suelo.

El sonido de una ametralladora. ¿Cómo describir el sonido de una ametralladora? ¿Cuántos disparos hubo en aquellos segundos?

Al Cefe le dio una bala en el ojo, de rebote. Su error fue asomarse por la ventana cuando sonaron los disparos.

Gritaba y se retorcía en el suelo.

Su mano sobre su ojo, sin tocar la masa gelatinosa que se desprendía de la cuarta parte de su rostro.

Y gritaba.

¡Cómo gritaba!

Se escuchaba hasta la otra cuadra seguramente.

Lo sofocó el ruido de cuando tiraron la puerta, y me escabullí tras una heladera abandonada.

Sonaron dos disparos, esta vez de pistolas.

BANG-BANG.

Vi el disparo en su cabeza.

Cerré los ojos y oí el chasquido de la carne arrancada a balazos.

Mito había encendido un cigarrillo y comenzó lo que sería su último discurso:

–Según Penrose, la conciencia es un tipo particular de colapso de la función de onda sobre sí misma.

“La naturaleza es un compendio de superposiciones cuánticas.

“La observación consciente causa colapsos.

“Cada superposición se ramifica y forma un nuevo universo – universos paralelos.

“La interacción de superposición con el entorno causa decoherencia.

“Las superposiciones crecen hasta que encuentran algún umbral natural inherente a la naturaleza que las convierte en hechos.

“Superposición: Separación en la realidad fundamental al nivel más básico. El universo se separa en porciones inestables y con el tiempo colapsan en una o en otra.

“Este colapso es la conciencia.

“Ocurre en circunstancias especiales, necesita un sistema aislado del entorno para no sufrir decoherencia y lo suficiente extenso para alcanzar el umbral.

“El umbral se relaciona inversamente al tamaño de la superposición.

“Una superposición de electrones, si está protegido de la decoherencia, tardaría diez mil millones de años en lograr el umbral. Tendría entonces, un momento minúsculo y sin brillo de conciencia.

“Algo más grande alcanzará el umbral antes.

“En el cerebro ocurren procesos cuánticos que alcanzan el umbral en veinticinco milésimas de segundo.

“Cuarenta veces por segundo tenemos momentos conscientes. Estos instantes en los que las superposiciones colapsan, son la realidad inmediata.

El fuego se había desplazado hasta el filtro, un círculo rojo intenso se dibujaba alrededor. Los ojos de Mito estaban en blanco. Había entrado en trance.

Los presentes, sin decir palabra, se pusieron de pie y abandonaron la casa.

-Esto es el infierno, man. Y no puedo encontrar la salida. Todas son paredes de vómito, sangre y podredumbre de erosión con el resplandor del amanecer.

-Claro que también te hablo de odio.

-Estoy imaginando un escultor que deshace las formas, que mezcla los patrones. Un guión sin trama, argumento, ni final. Una tierra árida, obsecuente, liderada por el ansia del olvido de los electricistas como una paciente de esas que cuchichean de los trueques por el desayuno de estiércol y manzanas podridas embebidas en formol. Y la ración suculenta de coherencia consciente fluye como baba directo desde mis labios, animales, criminales, de otro hemisferio, intentando verse al espejo. Sin miedo.

Los viejos me veían una vez a la semana. Me estaban controlando, desde luego. Pese a esto, yo no podía evitar seguir mis impulsos.

Una corrida al baño, y después otra y después otra. En el ínterin, el interruptor, el interruptor, el interruptor.

Aparecía Natalio. Mis ojos eran una laguna. Me dijo que alguien más había entrado. Asentí sin escuchar. En el ínterin, el interruptor, el interruptor, el interruptor.

Ni bien me daba la espalda, de nuevo al baño.

Tiene la maldita costumbre de, una vez cada tres noches, subir al techo y aullarle al cielo. Es la clase de idiota que cree que el exhibicionismo es divertido. Escucha otras voces como teleteatros en directo, enseguida olvida las escenas y se pierde en sus propias circunferencias.

Martín escuchaba a Gustavo. Hablaba y apretaba sus manos. Hablaba de un amigo muerto. Le había dado un aneurisma en el gimnasio. Gustavo hablaba en llanto, Martín apenas lo comprendía.

Fijaba sus ojos de espectador en el escenario cotidiano.

–A todos nos va a llegar. –Murmuró Martín.

Pero Gustavo hablaba muy fuerte, gesticulaba cada vez más, con los ojos abiertos como platos de porcelana sobre una hornalla. Repetía su recuerdo de las cenizas.

Pero Martín avanzaba como tórtola al lado de Ninfa. Ni siquiera había intentado tomarle la mano. No sabía qué, pero algo me ocurría.

Se sentaron en un restaurante frente a la costa. Un camarero de acento extraño los atendió, Ninfa pidió la carta.

Martín le dijo que pediría lo mismo que pidiese ella y Ninfa no exigió mucho más. Le habló de la Enfermedad de su abuela y que la estaba cuidando.

Y algo más sobre tener ochenta años y sentir deseos de seguir viviendo.

Luego, comenzó a hablar de sexo, en un tono más bajo y con mirada seria. Martín se sentía incómodo y apretado en su silla, como adolescente, bajo el peso de los ojos claros de Ninfa.

Ninfa fingía torpeza ante la timidez de Martín, pero no pudo evitar narrar su primera vez con un tal Mito. Lo había cautivado su sonrisa, y porque parecía un chico sincero.

Pero sólo estuvieron una vez. Algo malo le había ocurrido a Mito.

Martín oía en silencio. Por algún motivo no comprendía en su totalidad la experiencia a la que Ninfa se refería.

-Si te dejás caer por la playa, avanzá con cuidado. Nunca sabe el pie dónde puede haber un hormiguero, un refugio de alimañas carroñeras deseosas de tu joven carne, o un venenoso ofidio molesto por tu intromisión.

"Así es. Si andás por la playa, andá con cuidado. Sé de aves que entierran sus garras en la profundidad de las cabezas de los extraños. Ellas siempre te verán como una amenaza, aunque tu único artilugio sea una cámara digital, te verán apuntar y pensarán lo peor. Son así. Nada que hacer. No dudarán en caerte encima y arrancarte el cuero cabelludo con sus garras, claro que no. Quedarás gritando de dolor en el suelo, sólo si sobrevivís podés llegar a tener una posibilidad de saber qué te ocurrió. Y sobrevivir no es un resultado invariable.

“Así que, te lo repito. Cuidado cuando andes por la playa.

Al margen: Cae noche. Puñado de hombres como lombrices en tierra hechos para corriente. La pesca es más que una profesión para ellos. Rodeando cuarenta y tantos olvidaron habilidades en pos de otra venta ambulante bajo el sol del mediodía.

Un minutos antes el alba y regresan a la costa después de drenar sus odres sobre el agua. Nadie se preocupa por ellos más que ellos mismos. Supieron crear su propio argot y trazaron círculos en sus propios calendarios de luna. Como los tuareg conocen aquello de que volverse parte de la Historia es desaparecer. Intento de solución, brazos abiertos al nuevo pescador que se acerca a ellos. Una mañana, redes alzadas, un iniciado enseña sus primeras presas. Pobre orgullo de aquellos que están aprendiendo.

En blanco plástico agonizan en agua sábalos, bagres. Aplausos corteses, palmadas en la espalda. Buscando más elogios introduce en el blanco balde y extrae la curiosa maravilla que intriga su espíritu. La congregación observa. El pez, fuera del agua en manos humanas, abre y cierra sus costados, forzando la respiración.

Dos finos pliegues como labios se forman alrededor de la boca y encima una protuberancia triangular respingada. Como nariz. Y los ojos… los ojos del pez…

Fuera de órbitas giraban de un lado a otro con desesperación casi humana. El pescador no puede

ocultar una sonrisa nerviosa. “¿Alguien sabe de qué clase es este?” La congregación en silencio. Solamente tres de ellos, los más arcaicos, fruncen el ceño. “¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?” Los ojos del pez en blanco. Progresiva desaparición de sus movimientos espasmódicos. Inmóvil. Un arcaico frente al iniciado, le aprieta la muñeca y deja caer el pez al suelo. Escupitajo dentro del plástico en señal de desprecio y su añejo índice en dirección al oeste. El iniciado, cabeza gacha, toma su balde blanco y desaparece en la dirección de la noche. Ninguno de aquellos hombres lo volvería a considerar un pescador jamás.

Amanece en la tierra de los primitivos.

El Bestia, solo en su casa, pone la radio local a todo volumen, para no sentir que está solo.

Desayuna un cigarrillo. Y un yogurt.

Se encierra en el baño y se mete bajo la ducha, mientras tanto, afuera, llueve.

No sabe si tendrá algún trabajo en los próximos días. Espera que sí.

Sale desnudo del baño y apaga la radio y las luces. Y se va acercando al resplandor bajo las escaleras.

Su dedo es la llave.

La caja de seguridad se abre.

–Lo que este pueblo te ha hecho no tiene perdón.

Las palabras llegan imperceptibles, un susurro constipado por el viento y el polvo. Quizás podría articular algunas palabras, pero la obviedad me resulta desagradable y debo resguardar mis pocas fuerzas.

Los nervios dibujan una débil sonrisa en mi rostro, pero la vista se nubla poco a poco y contemplo por última vez la ciudad que no verá otro amanecer. Sellado fue el destino, tiempo de correr…

La misión está a punto de concluir, relajo mis músculos mientras una multitud enardecida se precipita hacia mí como salvaje jauría.

Desmembramiento.

Pero no pueden amputar los alaridos del tormento.

Un niño echa a correr con una de mis piernas. Hinca sus dientes en la carne fresca. Enseguida un hombre aplasta su cráneo con un mazo y se apropia del manjar. Para todos no hay suficiente, pero prácticas más funestas conforman su rutina abominable.

En cualquier caso, no se trata de un sueño, sino de una serie de eventos desordenados que desencadenaron una acción.

Pero no pueden amputar los alaridos del tormento.

– ¿Hay una leve diferencia entre lo que ocurre y lo que ocurrió? – La voz me llega desde detrás de la luz cegadora. No entiendo mucho. Tampoco hay demasiadas diferencias.

–Parece la clase de boludo que no tuvo nada que ver. –Dice la voz.

Y enseguida otra voz le responde y la reconozco al instante: Ninfa.

–Sin embargo, algo debe haber visto. ¡Háganlo hablar!

Nunca me gustó saludar a mis conocidos. Sin lugar a dudas, porque las personas que conocía me

resultaban desagradables. Una relación superficial, un estrecharse las manos o mover la palma abierta al viento. No me cuesta nada, es cierto, pero a veces uno no tiene ganas de ver a nadie. Retorna a su oscuridad como un pulpo o como un cangrejo. Sólo la oscuridad es profunda. Sobre esa superficie también me sentía mal. Pero nadie me veía.

Nadie.

Vio las agujas del reloj dieciséis veces hasta que Ninfa decidió reunirse con él. Fue ella quien le mandó un mensaje. Yo ya sabía que el encuentro resultaría otra pérdida de tiempo. Pero, sinceramente, los últimos tres días los había desperdiciado contando las horas como pasatiempo, lo que demostraba que esa clase de pérdidas realmente no le molestaban.

Pero estaban las otras, claro.

En el café ocupó una mesa frente a unos turistas.

–Nada que ver con la costa–. Afirmaba una mujer de cara rechoncha y enorme anteojos de sol.

–Bueno… Pero que tan mal no la pasamos. –Un hombre calvo frente a ella, con todo el sudor del verano encima, frotaba sus manos y miraba a su alrededor cerciorándose que los comentarios de su esposa no ofendieran a nadie.

Para su fortuna, así fue. A nadie le importan los comentarios ajenos, mucho menos si vienen de un desconocido.

Lo único que me importaba ahora era el paso del tiempo. Pasó una hora. Ninfa no apareció. Sentí que me hundía.

Hubiese querido mirar alrededor y cerciorarme que nadie había sido ofendido.

Está bien. Yo lo hice. Yo sé que lo hice. Pero eso no es realmente importante. Como casi siempre logro enfocar mi mente en la nada y me masturbo mirando unos videos de zoofilia.

Una morocha gime mientras se la chupa a un perro. Se mueve de manera insaciable y sostiene el grueso miembro del animal con ambas manos. Se apoya sobre un brazo, inclina su pelvis e inserta el pene del can dentro de sí. Enloquece. Gime. Grita.

Eyaculo cerrando mis ojos. Me quedo inmóvil frente a la imagen un tiempo. La morocha me resulta cada vez más familiar. Adelanto el video. Los nombres de las actrices están al final.

También el de Ninfa.

APOCALIPSIS

Objetos desparramados por el piso, cenizas, vidrios, colillas de cigarrillo, papeles, discos, ropa, cadenas, obsequios despreciados, devoluciones innecesarias, rencor en los dientes, palabras como uñas, uñas en el cuello.

Van Gogh se cortó una oreja. Eso es sufrimiento.

No aquel que se padece por terceros, o por escasez de recursos.

Imaginate, Van Gogh sufría tanto que tuvo que arrancarse una oreja.

Claro, sólo el dolor físico puede amenizar el estertor que causa el dolor espiritual. Luego de mutilado el cuerpo, quitado el vendaje, el nuevo monstruo nace.

Ya no van a cruzarte en la calle para darte una palmada y aconsejarte hacer algo que no se puede hacer: mejorar.

No.

Ahora van a mirarte con desprecio, el sentimiento que te merecés; o compasión, las dádivas inmerecidas.

Mientras, la herida expuesta revelará en tu rostro, que algo no anda bien.

Para nada.

Sufrir no es algo útil.

La mañana que Ninfa se fue me obligué a pensar en el interruptor. Me senté sólo en la mesa y comencé a oprimir mímicamente mi fantasía. Las paredes de la habitación se desvanecían.

Era domingo.

Exactamente, el peor día de la semana.

Necesitaba desahogarme.

Tomé el teléfono y llamé a Palomo. Su acento tosco del otro lado de la línea.

¿Cuánto?

Le repetí el número inverosímil el cual le resultó veraz.

En quince en el lugar de siempre. Sin problemas. Colgué y dejé pasar quince minutos. Siempre se demoraba.

Volví a tomar el teléfono. Llamé a la Agencia Azul. Sí, aparentemente quieren hacer un negocio grande. Del otro lado se oía teclear al empleado consultando los datos que le obsequiaba. Aquella entrega no estaba programada. Actuarían de inmediato.

Colgué y me arrastré hacia la esquina del cartel de madera con letras desgastadas. Faltaban la C y la H.

Madrugada. La sombra en los azulejos del baño, la luz entrecortada desde otra habitación.

Con una mano, Martín enciende la luz y la sombra desaparece.

Era la mía.

Al día siguiente. Lo primero que veo: un ojo que me escupe. Está bien. Me gusta ver la saliva surgir entre los dientes. Es buenísimo… Puedo sentir mis neuronas muriéndose… Y esa molestia en la cabeza, es lo que ocurre en mil sinapsis incompletas. Es como una bomba de tiempo dentro de uno, al final explota y todos se mueren.

En una casa abandonada organicé el mejor banquete. Acomodé unos cuantos muñecos en torno a una mesa. La electricidad se había acabado, pero me atreví a improvisar una melodía apenas acompañada por mis propios golpes sobre la mesa. No me estaba divirtiendo, pero fingía estarlo. Una especie de estúpido orgullo cruzó mi mente al verme a mí mismo cantando en una mesa. Nunca cantaba en público. Pero los ojos muertos de los comensales de plástico no parecían emitir juicio alguno. Me sentía libre.

El agua corriente también se había acabado. Sólo quedaba un poco dentro del inodoro. La hediondez del abandono me dio arcadas, pero había gente que bebía su propia orina. Justificaban su extravagancia con una práctica medicinal. Llevaba horas sediento, no tenía más opción. En casos extremos, la extravagancia no es más que otra manera de sobrevivir.

Primero invité a mis comensales, quienes no emitieron queja.

Embebí los labios de algunos y vi una sonrisa dibujarse en sus labios. Volví a llenar sus copas hasta quedarme sin una gota.

Entonces, con los labios resecos, lamenté haberme excedido en mi generosidad.

Una criatura del día después corta el silencio. Su caminar torcido, su manera balbuceante de definir su entorno, me provocaba náuseas. Es un ser repugnante de ojos pequeños y pómulos hinchados. Cada tanto es atacado por un brote psicótico y se refugia en las ruinas del zoológico. Le gusta meterse en la jaula de los monos y pelearse con ellos. Él nunca gana, por cierto. Siempre vuelve con una nueva cicatriz, sólo para dar lástima. Es una bestia repugnante. Si el sol arrecia, y el sol arrecia mucho últimamente, se puede sentir su hedor a orín fermentado y brebajes etílicos. Si el viento sopla, su hedor me sofoca y debo alejarme. lo observo de lejos, cuando estoy aburrido, por curiosidad.

-¿Cómo? ¿Nunca perdiste el tiempo matando insectos? Sé que vos fuiste amigo del barro.

Hay veces que el reloj repta con más cautela. Se queda quieto, parece. Nos acercamos, entonces, desprevenidos y, tras enroscarse en sí mismo, nos lanza sus colmillos. El veneno no tarda en colmar el flujo sanguíneo. Nos acercamos a la muerte. La picadura del reloj.

-Ahí está, luchando por su vida. Acabo de quemarle las patas con un encendedor. Lo hice de a poco, no para contemplar su sufrimiento sino para ver su reacción.

La flama quemó la punta de mis dedos. Tengo un ardor desagradable y podría gritar. Las patas van derritiéndose de a poco, me detendría si comenzara a gritar. Me da algo de pena, así que volteo al insecto.

Sacude sus patas ennegrecidas, como queriendo escapar. No puede moverse. Lo ayudo con un ligero soplo y sus patas continúan moviéndose aunque ya no es capaz de generar fuerza alguna. Que hoy sea mañana. Obedece a su instinto, el instinto de la vida, que es persistir.

A través de la suciedad que lo cubre casi completamente, entre los millares de liendres y pulgas que anidan en su grasosa cabellera, pude ver surgir la antigua forma de la criatura. Y era tan parecida a la mía. Nos considerábamos amigos, sólo por ser compañeros de trabajo y no tener nada que hacer. Subestimamos el lenguaje. La extinción nos mostró la realidad.

Yo creía y me lamentaba de que la extinción jamás llegaría. Era poco más que fantasía. Sin embargo,

una oscura fe me poseía a pesar de que la realidad me contaba otras cosas.

Decía, por ejemplo, que el reinado de un imperio suele oscilar entre los tres mil y cinco mil años, que la Era Espacial había sido sólo un sueño, que las nuevas tecnologías nos permitirían alienarnos y evitarnos enfermedades venéreas. A lo sumo.

No vas a zafarte de ésta, linda.

La niña había intentado huir, pero El Bestia volvió a amarrarla a la silla. Esta vez, la soga más tensa aún. La piel alrededor palidecía. Circulación dificultosa, y la piel se volvía morada lentamente.

Le dijeron que la tuviera siete días y le avisaban. La bajaron de una Kangoo amarilla. En el garaje.

Había llegado el viernes. Domingo a la tarde lo llamaron. Le dijeron que la despache.

No pensó en desobedecer. No veía la hora de que aquello termine.

El sábado a la tarde la soltó para ir al baño. Ella lo golpeó con un sartén. Intentó escapar.

El Bestia le muestra todos los dientes en una sonrisa.

La niña clava los ojos en su captor. Inmóvil y quieta mientras el hombre y su fuerza le van aflojando las ataduras fractales.

El Bestia la toma de la cintura, la pone en pie. Le llega casi hasta la altura del pecho.

La niña, la cabeza gacha, las manos del monstruo la sostienen por la sien.

La muela del juicio recibe su nombre debido a la creencia de que al crecer esta estructura ósea, un

nervio puede sufrir alteraciones y producir la pérdida de la razón en un individuo.

Ahora el fetichismo es una cosa muy común en nuestra sociedad. Todos lo practican abiertamente y hasta cada rama tiene su terminología específica, como si se tratase de una condición patológica seria. La invasión de los medios y el multiculturalismo los han explotado de buena manera que hasta suelen ser mencionados en alguna charla de esnobs.

Pero antes había que ser guapo para tener fetichismos. Antes, cuando por sexo anal te disparaban en las bolas, y te ahorcaban si te veían encamado con alguien de tu mismo sexo, no era fácil. En la época de mi abuelo ya había muchos fetichistas, y de los más depravados, gente realmente perversa con una visión sexual meramente animal. Él conoció a un tal Farías que, allá en los campos y hace tiempo, tenía un jueguito sexual peligroso con la china. Farías contaba que cuando a él le venían las ganas, entraba en el rancho dando rebencazos y haciéndose el malo. Se paraba en seco frente a la china y la empezaba a acariciar con el rebenque, no a pegarle, con el rostro serio y enojado. La china daba unos gemidos y no tardaba en alcanzar el orgasmo allí, de pie. Lo cierto es que Farías hacía esto porque una vez la había encontrado masturbándose con el rebenque porque no la tocaba hacía una temporada. Y no quería que los muchachos de la pulpería supiesen que era marica.

Así y todo Farías y su china envejecieron juntos en el mismo rancho y su truculenta historia permaneció

en lo más secreto de las neuroruinas… Hasta el día de hoy. Sin embargo es una historia feliz en comparación con la de un contemporáneo de Farías. Se llamaba Alejo y era un joven hijo de comerciantes que quería pasar a la historia como uno de los pilares de la revolución industrial. Lo primero que hizo al heredar fue fundar una metalúrgica. Trabajaban mucho con aluminio. El fetiche de Alejo se relacionaba con el metal. Sin embargo, habiéndose casado y siendo que no la ponía como quería, se cogió a la mucama con la cabeza en el horno, pero con el gas encendido.

No puedo dejar de admirar la belleza de los cuerpos femeninos.

Ya sé que todo se ha extinto, que es el final de la raza y que no resulta nada productivo. Quizás sería más lógico revolver por ahí buscando un botiquín. Era justo lo que andaba haciendo. Cosas que sólo respondían a mi lógica.

Y vi, por obra del caos, la sedosa piel de una joven, blanca como la nieve y sensuales ojos celestes. Sonreía eternamente en el cartel. Fue como ver el sol. Yo odiaba el sol, pero esta luz realmente trastornaba mi espíritu.

Karen estuvo ahí por unos cuantos años. No cambió el mundo.

–Parece feliz, creo que está enamorada.

A eso me refiero. Una vida desperdiciada. No cambió el mundo. No existe otro más que el propio.